

ROMANOS 14:5-8, SOMOS DEL SEÑOR, PARTE I

INTRODUCCIÓN

Ahora nos encontramos con otro ejemplo de las diferencias que se daban en la iglesia que estaba en Roma, pero junto al ejemplo anterior, encontramos un principio común que rige nuestra conducta como cristianos, nuestro testimonio al mundo. Ya se nos ha dicho que los fuertes no deben menospreciar a los débiles, y que los débiles no deben condenar a los fuertes, que ninguno puede usurpar el lugar de Dios para pasar juicio sobre la cabeza de otro, que cada creyente, sea débil o sea fuerte en la fe está bajo el Señorío de Cristo, debe rendirle cuentas a Cristo, y es sostenido por Cristo. En los versos 5-9 vamos a seguir hablando de este Señorío de Cristo sobre el creyente, incluso en las cosas que pudiéremos decir son moralmente indiferentes. El entendimiento del Señorío de Cristo nos dará una perspectiva adecuada de todas las acciones, actitudes, expectativas, de toda nuestra vida. Pablo da algunos ejemplos para manifestar cómo Reina Cristo sobre los suyos. No se limita a enunciar que Dios es Soberano, no se limita a enunciar que Jesucristo es el Señor, sino que enseña cómo todos los aspectos de la vida cotidiana son para nosotros una oportunidad de manifestar el Señorío de Cristo, por eso en esta sección meditaremos en el hecho que **Somos del Señor**.

I. ASÍ LOS DÉBILES COMO LOS FUERTES SOMOS DEL SEÑOR

Lo primero a Señalar en cuanto a nuestra declaración que todos somos del Señor, es que en la iglesia, tanto los débiles como los fuertes, somos del Señor. Leamos nuevamente los versos 5-6. Hay diferencias de opiniones sobre cosas moralmente indiferentes, es decir, sobre las cosas que en sí no son pecaminosas. Hoy tal vez nos parece extraño estas diferencias que hubo en la iglesia de Roma, pero seguramente tenemos algunos otras entre nosotros hoy día. La Biblia no enmarca el mandamiento en una sola situación, sino que nos da ejemplos de cómo actuar en diferentes situaciones bajo los principios dados por Dios. Vemos entonces que así los débiles como los fuertes somos del Señor.

A. AÚN SI GUARDAMOS O NO COMIDAS O DÍAS ESPECIALES

No sabemos con total certeza cuáles eran esos días mejores que otros que consideraban los hermanos de la iglesia en Roma, sabemos que según la legislación mosaica, había diferentes fiestas solemnes celebradas por los judíos, todas ellas señalando a Cristo, por lo que al venir el Señor, yo no serían necesarias para el cristiano. Pero recordemos que aún era un período muy temprano de transición de la iglesia, y algunos pudieran ser sensibles a la observancia de tales celebraciones. Así mismo en cuanto a la comida como vimos en los primeros versículos, es posible que algunos no comprendieran cabalmente el impacto del sacrificio de Cristo incluso sobre estas cosas. Sabemos que ni la observancia de escrúpulos sobre comida o celebraciones de días especiales representaban algo meritorio para los creyentes de Roma, pues en ese caso Pablo les hubiese reprendido enérgicamente al respecto como sí lo hizo en su momento con los Gálatas. Por eso en este caso, el lenguaje de Pablo no es enfático en condenar estas actitudes frente a comidas o días, sino más conciliador para que en amor los fuertes reciban a los débiles y para que los débiles no juzguen a los fuertes. Pero llama la atención a estar convencidos de lo que hacen, a no reñir contra su conciencia ligada a la Palabra de Dios, a no hacer nada en contra de su conciencia que sabemos, ha sido renovada por el Espíritu de Dios. Cada uno actuando en conciencia, come o se abstiene de comer, guarda o no ciertos días especiales, pero debe estar plenamente convencido

en su mente que hace o no estas cosas para el Señor. No somos quién para entrar en la conciencia de otros, ni obligarlos a actuar en contra de su conciencia si no está pecando contra Dios al hacer algo que Dios prohíbe o no hacer algo que Dios manda. Pablo entonces enseña a esta iglesia que si cada uno actúa plenamente convencido en su mente que come o no, que guarda un día o no para el Señor, entonces todos están empeñados en glorificar a Dios según el nivel de entendimiento que se ha adquirido de la Salvación de Dios, de las implicaciones de la obra de Cristo en cada detalle de su vida. Todo creyente va creciendo en el Señor, cada uno a un ritmo diferente, Dios está obrando en cada uno, y todos somos llamados a amarnos y ser pacientes entre nosotros.

B. TODOS SOMOS SUSTENTADOS POR DIOS Y DAMOS GRACIAS POR ELLO

“El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios”. Cada uno, independientemente de la dieta que observa da gracias a Dios. Cada uno reconoce que la provisión que recibe, sea legumbres o carne, viene de Dios y por ello da gracias. Todo aquel que reconoce que Dios es su sustentador, da gracias al Señor, recordemos algunos versos del salmo 103 (1-5). Cada uno, en la medida de su conocimiento de la gracia de Dios, en la medida del desarrollo de su fe en el Señor según la enseñanza de la escritura, y según el ejercicio de sus dones a favor del resto del cuerpo como ya vimos en capítulos anteriores de romanos, cada uno de los que pertenece al Señor, reconoce que es Dios su sustento y da gracias por ello. El impío no da gracias a Dios, ni aún a su prójimo. El incrédulo no reconoce a Dios en sus caminos, no levanta sus ojos al cielo en gratitud al Señor por su provisión. El creyente que no olvida los beneficios del Señor, da gracias por cada uno de ellos, si come algo muy especial o algo muy sencillo. Podemos decir también, que puede el creyente agradecer a Dios si vive en una casa con excelentes condiciones que le permitan vivir con comodidad, o si los recursos que puede administrar le dan para vivir en un espacio tal vez reducido, pero con la tranquilidad que Dios es quien le provee todas las cosas. Y aún podemos decir más, si sabemos que en Cristo somos más que vencedores como vimos en el capítulo ocho, y que nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo, podemos ser agradecidos con la gracia, misericordia y longanimidad de Dios si estamos enfermos o si estamos sanos, si de acuerdo con nuestras capacidades de trabajo logramos excelentes ingresos económicos o si son más bien pocos. Las cosas que son moralmente indiferentes, en las cuales podemos tener diferencias, no nos hacen mejores ni peores ante Dios, seguimos siendo sustentados por él. De modo que tanto los débiles como los fuertes somos del Señor.

II. NINGUNO VIVE O MUERE PARA SÍ

En segundo lugar, en el verso siete Pablo enseña que somos del Señor porque ninguno vive o muere para sí. Que tanto los débiles como los fuertes comen o se abstienen de comer delante de la presencia del Señor, para honrar a Cristo en todas las cosas que hacen. *“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí”*. Esta es una gran declaración que debemos considerar profundamente en nuestros corazones, mis hermanos. **Ninguno de nosotros vive o muere para sí**, nuestra vida, y debemos decir también nuestra muerte, no está en nuestras manos, sino en las manos de Dios, y él ha prometido vida eterna a los que creen y por lo tanto confiesan a Cristo no solo con su boca, sino con su nueva vida, recordemos Rom. 2:6-8, Rom. 10:9-11.

A. VIVIMOS PARA DIOS

Hermanos este es el fin principal de nuestra existencia, glorificar a Dios y gozar de él para siempre, según la norma que nos es dada en su Palabra. Los hermanos de la iglesia que estaba en Roma,

tanto los fuertes como los débiles debían considerar: “vivimos para Dios”, “no buscamos agradarnos a nosotros mismos sino a nuestro Dios”. La iglesia local que está aquí reunida debe considerar lo mismo, vivimos para Dios, no para nosotros mismos. Los antiguos en la fe o los más nuevos, los que han comprendido en mayor grado la libertad que Cristo les ha dado, así como los que apenas están comenzando, todos vivimos para Dios, no para nosotros mismos. Tenemos un mismo propósito en la vida, y es glorificar a Dios, ejerciendo nuestras vocaciones según el lineamiento que nos da la Palabra de Dios. Gozando de la paz que nos ha traído esa justificación por la fe, aguardando la esperanza de la gloria de Dios, esperando el día glorioso de nuestra redención consumada. Comer o no hacerlo, estimar un día especial o considerar igual todos los días, son cosas que hacemos para Dios, y agradecemos por su sustento y bondad. Debemos aplicar esta declaración a todos los aspectos de nuestra vida, no puede ser una mera declaración general, Pablo la presenta luego de dar un ejemplo de ello, al comer o abstener de comer. Pero la vida que vivimos para Dios, no se limita a la comida o bebida como veremos en los siguientes versos, la vida para Dios, abarca todo lo que somos, lo que pensamos, lo que decimos, lo que hacemos. Por ejemplo, podemos decir que no tenemos hijos para el estado sino para Dios. No criamos nuestros hijos para amoldarse a las estructuras impías que el estado determina y que legaliza para que vivamos todos en tolerancia a las preferencias de cada uno. Criamos a nuestros hijos en el temor de Dios, para que amen a Dios sobre todas las cosas, y a su prójimo como a ellos mismos. Promoviendo la prosperidad de ellos mismos y de su prójimo, propendiendo por mantener la verdad en todas sus relaciones, respetando a cada uno de acuerdo con su relación de autoridad, manteniendo la pureza en su vida sean solteros o casados, porque esto es lo que demanda el Señor. No tenemos una descendencia para el estado, sino una descendencia para Dios. Nuestros matrimonios, a veces pierden el norte, y buscan la satisfacción egoísta de cada cónyuge, pero esta declaración escritural nos enseña que nuestros matrimonios son para Dios, no para nuestra propia satisfacción personal. Nuestros trabajos, estudios, profesiones, oficios, negocios, dinero, dones talentos, todo en absoluto, es para Dios, para servir al Señor. Incluso,

B. MORIMOS PARA DIOS

“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos...”. La muerte no puede separarnos del amor de Dios, fuimos unidos a Cristo en su muerte, hemos muerto con Cristo, Rom. 8:38-39, Sal. 116:15. Y el día que muramos físicamente estaremos para siempre con Cristo. Y todo creyente procura incluso el día que muera ser agradable al Señor, pensamiento que el mismo apóstol expresa en 2 Cor. 5:6-9. Comer, estimar ciertos días, prepararse para el día de la partida con el Señor, aguardar ese día de la venida del Señor, son cosas que hacemos para Dios. El apóstol Pedro da ejemplo de cómo se prepara para ese día, cosa que Pablo estaba haciendo también con los hermanos en Roma aunque espera verles pronto, leamos 2 Pedro 1:15. ¿Cuál será tu legado cuando mueras?, ¿dará gloria a Dios tanto tu vida como tu muerte?. Pablo está poniendo a pensar también a la iglesia en Roma, sobre el significado tanto de su vida como de su muerte, ambas para Dios solamente. Ya les dijo de la esperanza que tienen, esa libertad gloriosa de los hijos de Dios, esa victoria eterna, todo ello tiene un solo propósito, dar gloria a Dios.

C. LE PERTENECEMOS POR COMPLETO A DIOS

No hay mejor manera de expresar esto que como lo presenta el catecismo de Heidelberg en la “pregunta 1: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?, *Respuesta: Que yo,*

con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, que me libró del poder del diablo, satisfaciendo enteramente con preciosa sangre por todos mis pecados, y me guarda de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación. Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad". Esto es lo que nos está diciendo el apóstol, "Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos". Tanto en la vida como en la muerte le pertenecemos al Señor. A muchas hermanas no les gusta la costumbre antigua de llamarse por el apellido de su esposo, antes usaban su nombre, primer apellido, y añadían "de" con el apellido de su esposo. Lo cierto que todos los creyentes, sean maduros o nuevos en la fe, somos del Señor. Le pertenecemos a él, no a nosotros mismos. Mi cuerpo no es mío sino de Cristo, por lo tanto, no está diseñado para buscar mi propia satisfacción sino el honor de Cristo. Los dones, capacidades, recursos que tengo dados por Dios, no son míos, ni me fueron dados para satisfacer mis propios deseos egoístas, sino para colocarlos al servicio de Dios, buscando la gloria de Dios. El salmista esperaba que después de esta vida el Señor le recibiera en gloria. Pablo esperaba que acabada su carrera recibiría la corona de gloria prometida por el Señor a todos los suyos, los cristianos de roma esperaban que después de vivir victoriosos en esta tierra, vivieran la victoria por la que clamamos y esperamos: ese día de la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Rom. 8:23). Esto tiene muchas implicaciones mis hermanos, Pablo dio ejemplo con la comida, pero enseña un principio general que aplica a cada aspecto, enseñando que le pertenecemos por completo al Señor.

CONCLUSIÓN

¿Qué parte de tu vida sigue siendo tuya?, ¿cómo comes o dejas de comer, cómo estimas cada día, para qué o para quien lo vives?, ¿qué aspecto de la vida puede dejarse fuera de la autoridad de Dios?. Grandes protestas en Estados Unidos en estos días porque la corte suprema apegada a la constitución declaró que el aborto es inconstitucional, y algunos estados están proyectando leyes acordes que prohíban esta práctica. Los que protestan por ello reclaman sus derechos, "su derecho a matar" en este caso. ¿Dios ha otorgado tal derecho?, ¿debería velar el estado (los magistrados) por el respeto de los derechos dados por Dios, o por las locuras que se inventa la gente como derecho?. Tu cuerpo no es tu decisión, te fue dado por Dios para manifestar a través de él con todas tus facultades, la imagen de Dios, la gloria de Dios. Incluso tu muerte es para manifestar la gloria de Dios, ¿deberíamos aterrorizarnos con la idea de morir, de dejar este mundo un día si sabemos que nuestra vida y nuestra muerte son del Señor?. Tu esposa, tu esposo, tus hijos, son del Señor, ¿cómo deberías tratarlos, cómo deberías amarlos, cómo deberías pastorearlos?. Que el Señor nos ayude a comprender que cada área de nuestra vida le pertenece a Cristo por completo, que somos del Señor. Oremos.